

cuada posibilidad de perfección en trabajos de interpretación crítica. La Editorial Poseidón, al presentar el libro en forma impecable, pone de manifiesto su jerarquía y digna preocupación.—VICENTE MENGOD.



<https://doi.org/10.29393/At234-213CIGT10213>

CASA DE LA INFANCIA, por *Luis Durand*. Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1944.

Habíamos admirado en Luis Durand, a través de su obra «Presencia de Chile», el gran amor por su tierra: su corazón ancho y dado a todo cuanto signifique Chile: su naturaleza, sus hombres, su vida que se enciende, de cordillera a mar, hasta el último límite del Fuego.

Hombre, desde cualquiera magnitud, ama y admira al hombre por su calidad humana, por la recia contextura de su naturaleza, por el impulso siempre creciente de su fuerza interior. Sus personajes son de hechura férrea, de una línea, firmes; en su estructura, como completando nuestra nacionalidad, se mezcla el tipo endurecido por las minas con el otro arreciado por los vientos del sur, y la naturaleza un tanto salvaje de sus campos. Durand conoce a nuestros hombres, y porque los conoce es que puede medirlos y construirlos fielmente, creando figuras nítidamente humanas.

Es ya bastante para un escritor lograr, en medio de tanta caricatura, la medida precisa de un hombre. Si el individuo de esfuerzo y de trabajo, el campesino, el obrero, el «roto», se pierden mañana de nuestra nacionalidad, los libros de Durand serían el documento fiel donde podrían reconstruirse, pues nuestro autor puede considerarse algo así como el historiador de su psicología, de su idiosincrasia, de su conformación espiritual. Nada escapa a su observación: ni sus gestos, ni sus palabras, ni sus frases. Coge el folklore nacional y nos lo transmite sin

adornos, sin cambios, tal como lo conoce. Capta el ambiente en que se desarrollan sus vidas y nos lo da claramente, creando de la realidad, otra realidad más acabada y más completa.

Y esto no proviene de una mera intuición, ni de lecturas más o menos prolongadas, ni de estudios sociológicos, ni de experiencias de laboratorio; es la resultante de una larga convivencia entre sus hombres; es la experiencia propia de largos años frente a su presencia; es su propia experiencia del hombre y su destino.

Los ojos del espíritu le sirven para ver más nítidamente el pasado, para reconstruirle dentro de su mentalidad, de su alma, y aun dentro de su corazón, porque la ternura, el fervor no pueden pasar inadvertidos en estas páginas en que la poesía que trasuntan no es sino a fuerza de amar una trayectoria de su vida que lo acompañará siempre. Sus paisajes del sur, sus habitantes, la naturaleza sureña están en él, viven en él, con la persistencia de una pasión, y es en virtud de esa llama interior, que él logra la intensidad expresiva de sus relatos.

«Casa de la infancia», libro de cuentos, y su última obra, nos trae mucho de esa calidad narrativa de Luis Durand. Hay cuentos como *Afuerinos* y *Carmela*, que son maestros, dada la realidad que se advierte en cada una de sus frases. El estudio del campesino, del trabajador, del afuerino que no es sino una variedad de nuestro «roto», adquiere la dimensión enorme de la verdad, de la observación justa, del conocimiento profundo.

En *Afuerinos* nos encontramos frente al roto tal cual es, con su instinto profundo y andariego, su despreocupación y su irresponsabilidad, su malicia y socarronería, su resignación y su astucia, su equilibrio y su ingenio.

Veamos algunas de las frases que Durand nos entrega en los diálogos de estos hombres, y comprobemos la legitimidad de su obra, y veamos, también, algunas de las descripciones que nos hace de dichos personajes. Por ejemplo, en la página 88, tenemos:

«—¿Y qué sacai con ajizarte? No vamos a componer el apero por andar chillando como rueda sin aceite. O vos creís que yo no llevo hambre... Tengo también las tripas que ya me hablan.

«Sonreía, entreabriendo los labios gruesos y sensuales, mostrando unos dientes blancos y enteros, capaces de devorar a un buey. A guisa de chalina, se abrigaba el cuello con un ponchito desflocado. Y sobre la frente despejada se le iba un mechón de pelos negros como sus ojos, alegres y brillantes».

Y luego, los *Afuerinos* siguen sus correrías, sin encontrar un mal techo donde cobijarse:

«—Va a llover que es vicio, exclamó Pérez. Y la del diantre que por aquí ni autos pasan pa que nos acarreen a un hotel, a onde podemos servirlos una güena cazuela di ave y unas varas de longaniza, con su medio cántaro de mosto, pa calentar las tripas. Después nos iríamos a dormir en un colchón bien alto y el riñón abrigao con una de esas frazadas capaces de hacer sudar a un riel. Si la plata hay que gastarla guacho.

«—¡Eja! Dale güira no más a la lengua. L'hambre te está haciendo difariar. Yo no sé qué objeto tendrá eso de andar hablando vanidades, Más es la pica que baja.

«—Las cosas tuyas! Pa divertirlos pues hó. Pior es ponerse tragedioso. Contimás que uno se azarea, quea en los mismos pelos. Si la vida del pobre es así... Y como no habimos conócío otra...

«—Muy verdá es—convino Rosendo—pero no por eso nos hemos de conformar. Date vos cuenta que los animales con ser brutos viven mejor que nosotros. No pasan necesidades y tienen su güen galpón a onde duermen bien reparaos. Lo que el pobre no merece muchas veces ni un pedazo de rancho pa favorecerse de la lluvia.

«Razones son esas. Pero el hombre no saca ná con lamentarse si no hace empeño a buscarse un acomodo. A naide le cae la breva pelá y en la boca. Es preciso considerar una cosa

también, y es que a nosotros nos gusta tantísimo la tomaúra. Somos más sufridos pal litro que p'al arao. Y es qu'es tan bonitazo andar por el camino sin que nadie lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo no más. Y toparse por ahí con los pobres gallos, afirmándolas, día a día, a la siga de los bueyes».

Así es el cuento, lleno de aciertos psicológicos, de frases bien elegidas, de giros habituales entre los tipos que describe.

*Carmela.* ¿Quién no la conoció alguna vez? ¿Quién no conoció alguna vez a aquella campesina fornida y trabajadora de los campos del sur, hacendosa, práctica, un poco terca y desconfiada por naturaleza, independiente, insociable, encerrada en sus dominios, inaccesible para cuantos quisieran abordarla? Mezcla de español y de indio, con las virtudes y debilidades de uno y otro.

Mirémosla desde su rostro.

«Carmela tenía los ojos verdes, los dientes sanos y grandes, y el gesto enérgico y decidido cuando su piel morena se arrugaba en el entrecejo para mostrar su enojo. Peinaba hacia atrás su cabellera negra y reluciente, envolviendo la mata opulenta de su pelo en un gran moño que sujetaba con dos enormes horquillas de carey, color de miel». (pág. 69).

*La Viajera;* es otro de los relatos bien contruídos del libro que comentamos. La pasión amorosa se hace tensa y llena páginas donde la tragedia empieza a aguzar sus primeras armas. Los personajes están hechos con precisión y entereza; no vacilan, son hombres y mujeres de verdad, que actúan libremente. Quizá Hortensia, su principal personaje femenino, un poco sensiblera y otro poco romántica, al final, haga desmerecer un tanto, o disminuya, la reciedumbre del relato:

«—No, Feliciano, no. Es imposible. ¡Imposible, mi amor! El remordimiento me impedirá ser feliz y hacerte feliz a ti. La sombra del pasado vendrá, amor mío, a nublar toda dicha. Me iré, me iré...» (pág. 68).

*Casa de la Infancia*, el primero de los cuentos que componen este nuevo libro de Luis Durand, y al que debe su título, denota gran poder de evocación, y observación aguda y fina.

La pintura del ambiente familiar surge entre las brumas que luego la claridad del recuerdo deshace, para dejar al descubierto aquella casa de la infancia que todos llevamos dentro. La vida de provincia, abundante y fresca, llena de resonancias y esquinas, donde dejamos algo de nuestra sensibilidad o de nuestra ternura, crece en signos transparentes y plácidos. Vida clara, simple, profunda.

Luego, el hogar que va desapareciendo: el brasero y el mate familiares y acogedores, el pan amasado con serenidad y esperanza, y los árboles, y el patio, y los animales que acompañan al hombre y que son como el hombre mismo. Aquí la emoción intenta cierto sentido de poesía y de belleza, y la ternura ensaya sus mejores palabras:

«—Cómo describir el encanto de ese jardín húmedo de rocío, allá en las mañanas de noviembre y de diciembre, cuando los claveles se doblegaban bajo el peso de su corola, y las peonías mostraban las venas rosadas de sus pétalos, que hacían pensar en la aristocracia de unas manos de princesa?».

Y el recuerdo lo vuelve a la infancia, y obra de nuevo en él el milagro de la infancia:

«Nunca se me entraron esos zaratanes perjudiciales. O es que en el jardín de aquella casa de mi infancia no existían. Pero sí, existían allí rincones deliciosos, en los que cada día mi instinto de niño hacía un descubrimiento, en un insecto, una flor desconocida, o en un aroma distinto. Cuando penetraba en él, era como si excursionara por un país maravilloso, alejado del mundo, como un reino de fantasía, cuyas recónditas bellezas sólo yo conocía...» (pág. 15).

Fuera de los personajes centrales, doña Mariquita Sánchez no es un tipo extraño en la vida provinciana. Se le encuentra a menudo en las reuniones familiares de aquellas casas de enor-

mes puertas siempre abiertas. Doña Mariquita Sánchez, ¿quién no la conoció alguna vez? Me parece verla de nuevo con su sonrisa siempre dispuesta, sus ojos reidores y la palabra segura entre sus labios. Me parece verla con sus ropas oscuras, su andar pausado, su rostro entre resignado y triste, pero siempre agradable. Doña Mariquita no siempre se llamó así, pero existió en cada pueblo, y se hacía presente en cada casa de la infancia.

Pero el recuerdo se pierde, y de nuevo la bruma aparta el interés y devienen motivos sin trascendencia y personajes sin relieve. La evocación abandona las viejas paredes y la ancha puerta se cierra. Queda afuera el camino obscurecido, donde transitan personajes que no le pertenecen.

Esperábamos algo más de aquel cuento magnífico, que casi no es un cuento sino un pedazo de vida. Pero la visión se diluye tras la muralla inabordable del pasado, y con ella, tantas cosas esenciales y características que hacen revivir una época y un ambiente.

Sin embargo, algo queda aún en *Cachañita cantora*, el séptimo de sus cuentos; tal vez la misma intención y la misma fuerza evocativa; la misma ternura y el mismo anhelo de revivir el pasado, con el secreto afán de reconstruirlo para reconstruirse. Porque, ¿qué otra cosa es la evocación sino un íntimo deseo de coger todo aquello en que nos dispersamos, para sentirnos íntegros en posesión de toda nuestra vida?—GLADYS THEIN.



DONDE NACE EL ALBA, por *Nicomedes Guzmán*. Edit. Orbe.

Los cuentos reunidos en este libro indican nuevas cualidades del escritor *Nicomedes Guzmán*. Y decimos del escritor, porque sus dos novelas: «Los hombres oscuros» y «La sangre y la esperanza», son obras de un verdadero creador, de un no-